

IV

Cuando madame Deberle supo la muerte de Juana, lloró y tuvo uno de esos ataques de cariño que la sacaban de quicio por espacio de cuarenta y ocho horas. Fué una desesperación ruidosa, fuera de límites. Subió á arrojarle en brazos de Elena. Después, al oír una palabra, la idea de hacer á la niña muerta un entierro conmovedor se apoderó de ella y muy pronto la absorbió por completo. Se ofreció á todo y se quiso encargar de los menores detalles. La madre, deshecha en lágrimas, permanecía anonadada sobre una silla. M. Rambaud, que obraba en nombre de ella, perdía la cabeza. Consintió en todo con efusiones de agradecimiento. Elena se despertó un instante para decir que quería flores, muchas flores.

Entonces, sin perder un minuto, madame Deberle se tomó un trabajo infinito. Empleó todo el día siguiente en correr á casa de todas aquellas

señoras, para comunicarles la espantosa noticia. Su sueño era conseguir un desfile de niñas con trajes blancos. Necesitaba por lo menos treinta, y no regresó hasta que tuvo el número completo. Había ido ella misma á la administración de Pompas fúnebres, discutiendo las clases, eligiendo las telas. Cubrirían las verjas del jardín, y expondrían el cuerpo en medio de las lilas. Sería encantador.

—¡Dios mío! ¡Con tal de que haga buen día mañana!—se dejó decir por la noche después de terminadas todas sus correrías.

La mañana fué radiante; un cielo azul, un sol de oro, con el hálito puro y viviente de la primavera. El entierro estaba señalado para las diez. Desde las nueve se habían puesto las colgaduras. Julieta fué á dar consejos á los trabajadores. No quería que se cubrieran por completo los árboles. Los paños blancos, con franjas de plata, abrían un pórtico entre las dos hojas de la verja, asentados sobre las lilas. Pero volvió á entrar en seguida en el salón, á donde fué á recibir á aquellas señoras. Se reunían en su casa, para no llenar las dos habitaciones de madame Grandjean. Sólo que madame Deberle estaba muy enojada, porque su marido había tenido que partir aquella mañana para Versalles. Una consulta que no podía dejar, había dicho. Estaba sola, y no le sería posible atender á todo.

Madame Berthier fué la primera en llegar, con sus dos niñas.

—¿Creerá usted,—exclamó madame Deberle,— que Enrique me ha abandonado?... Bueno, Luciano, ¿no das los buenos días?

Luciano se hallaba allí, preparado para el entierro, con guantes negros. Pareció sorprendido al ver á Sofía y á Blanca vestidas como si fuesen á una procesión. Una banda de seda sujetaba su traje de muselina, y el velo, que les caía hasta el suelo, ocultaba sus gorrillas de *tul-ilusión*. En tanto que las dos madres hablaban, los tres niños se miraban unos á otros, algo encogidos en sus trajes. Después, Luciano dijo:

—Juana se ha muerto.

Tenía el corazón oprimido, y no obstante sonreía, con sonrisa de asombro. Desde el día anterior, la idea de que Juana había muerto le tornaba buen chico. Como su madre, demasiado atrafagada, no le respondía, había preguntado á los criados. ¿De modo que ya no se movía uno más, al morirse?

—Se ha muerto, se ha muerto,—repitieron las dos hermanas, rosadas entre sus velos blancos.— ¿Vamos á verla?

Un momento reflexionó Luciano, y con la mirada perdida y la boca abierta, como tratando de adivinar lo que habría allí, más allá de lo que él sabía, dijo en voz baja:

—No la veremos más.

Entre tanto, entraban otras niñas. Luciano, á una seña de su madre, les salía al encuentro. Mar-

garita Tissot, en su nube de muselina, con sus ojos enormes, parecía una Virgen niña: sus rubios cabellos se escapaban de la gorrilla, y ponían como una pelerina brochada de oro bajo la blancura de su velo. Una sonrisa discreta vagó por todos los rostros, á la llegada de las cinco señoritas de Lavasseur; iban todas iguales, y se hubiera creído que eran un colegio; la mayor á la cabeza y la más chica á la cola; sus faldas se hinchaban de tal modo que ocupaban todo un ángulo de la estancia. Pero cuando apareció la pequeña Guiraud, las cuchicheantes voces se subieron de tono; todos reían, y se la pasaban unos á otros para verla y besarla. Tenía aspecto de tortolilla blanca esponjada en sus plumas, no más gruesa que un pájaro, en medio del estremecimiento de gasas que la hacían enorme y completamente redonda. Ni su misma madre podía encontrarle las manos. El salón se llenaba poco á poco con una caída de nieve. Algunos muchachos, de levita, manchaban de negro aquella pureza. Luciano, pues su mujercita había muerto, buscaba otra. Vacilaba mucho, y hubiera querido una mujer más alta que él, como Juana. Sin embargo, parecía decidirse por Margarita, cuyos cabellos le tenían admirado. No se separaba de ella un instante.

—No han bajado aún el cadáver,—dijo Paulina á Julieta.

Paulina se agitaba, como si se hubiera tratado de los preparativos de un baile. Su hermana había

tenido mucho trabajo para convencerla de que no fuese vestida de blanco.

—¡Cómo!—exclamó Julieta.—¿En qué piensan? Voy á subir. Quédate con las señoras.

Abandonó vivamente el salón, en donde las más, con trajes oscuros, charlaban á media voz, en tanto que las niñas no se atrevían á hacer el menor movimiento, por miedo á descomponerse los vestidos. Arriba, cuando entró en la cámara mortuoria, un gran frío sobrecogió á Julieta. Juana estaba aún tendida en la cama, con las manos juntas; y como Margarita, como las señoritas de Levasseur, llevaba traje blanco, gorra blanca, zapatos blancos. Una corona de rosas blancas, colocada sobre la gorilla, la convertía en la reina de sus amiguitas, festejada por toda la gente que esperaba abajo. Delante de la ventana, el ataúd de encina, forrado de raso, se extendía entre dos sillas, abierto como una cajita de joyas. Los muebles estaban ordenados, y ardía un cirio; la habitación, cerrada, llena de sombra, tenía el olor y la tranquilidad húmedos de una tumba tapiada desde largo tiempo. Y Julieta, que venía del sol, de la vida sonriente del exterior, permanecía muda, detenida de repente, sin atreverse ya á decir que se dieran prisa.

—Hay ya mucha gente,—acabó por murmurar.

Después, no habiendo recibido respuesta, añadió para seguir hablando:

—Enrique ha tenido que ir á una consulta en Versalles; ya le perdonará usted.

Elena, sentada delante del lecho, alzaba hacia ella sus ojos sin vista. No la podían arrancar de aquella estancia. Hacía treinta y seis horas que estaba allí, á pesar de las súplicas de M. Rambaud y del padre Jouve, que velaban con ella. Sobre todo, las dos noches la habían destrozado con una agonía sin fin. Después, había soportado el horrible dolor de vestir por última vez á la muerta, y de ponerle los zapatos de seda blanca con que se había obstinado en calzarla por sí misma. No se movía ya, sintiéndose con las fuerzas exhaustas, como adormecida por el exceso de su pena.

—¿Tienen ustedes flores?—tartamudeó haciendo un esfuerzo, con los ojos alzados todavía hacia madame Deberle.

—Sí, sí, amiga mía,—respondió ésta.—No se preocupe usted.

Desde que su hija había exhalado el último suspiro, Elena no había tenido más que esta preocupación: flores, planteles enteros de flores. A cada nueva persona que veía, se apuraba y parecía temer que no se encontrasen flores bastantes.

—¿Tiene usted rosas?—preguntó después de una pausa.

—Sí... Le aseguro á usted que quedará contenta.

Elena movió la cabeza, y cayó de nuevo en su inmovilidad. Entre tanto, los empleados de las Pom-

pas fúnebres aguardaban en el rellano de la escalera. Era preciso acabar. M. Rambaud, que también vacilaba como un borracho, hizo una seña suplicante á Julieta, para que le ayudara á llevarse á la pobre madre. Ambos la cogieron dulcemente de los brazos; la levantaban y la conducían hacia el comedor. Pero cuando comprendió, les rechazó á ambos, con una crisis suprema de desesperación. Fué una escena desconsoladora. Elena había caído de hinojos delante del lecho, aferrada á las sábanas, llenando la alcoba con el tumulto de su rebelión, en tanto que Juana, extendida en el eterno silencio, rígida y completamente fría, conservaba el rostro de piedra. El semblante se le había ennegrecido un tanto, y la boca adquiría una mueca de niña vengativa; y era aquel rostro sombrío y sin perdón de hija celosa lo que enloquecía á Elena. Bien lo había visto, desde hacía treinta y seis horas, helarse en su rencor, ponerse más feroz á medida que se acercaba á la tierra. ¡Qué consuelo si Juana, por última vez, hubiera podido sonreírle!

—¡No, no!—gritaba Elena.—Se lo suplico, déjenmela... Quiero darle un beso... ¡Oh! Un instante, un instante solo...

Y con sus brazos temblorosos la cogía, la disputaba á aquellos hombres que se ocultaban en el recibimiento, vueltos de espaldas, con aspecto de aburridos. Pero sus labios no daban calor al helado rostro, y sentía que Juana se empeñaba en negár-

sele. Entonces, Elena se abandonó á las manos que la arrastraban, y cayó sobre una silla del comedor, con esta queja sorda, veinte veces repetida:

—Dios mío... Dios mío...

La emoción había agotado á M. Rambaud y á madame Deberle. Después de un corto silencio, cuando ésta entornó la puerta, todo hubo concluído. No se oyó ya un rumor, ni apenas un leve roce. Los goznes, aceitados de antemano, cerraron para siempre la tapa del féretro. Y la alcoba quedaba vacía; un paño blanco ocultaba el ataúd.

Entonces, la puerta quedó abierta y dejaron á Elena libre. Cuando entró, lanzó una mirada de extravío á los muebles, á lo largo de las paredes. Acababan de llevarse el cadáver. Rosalía había echado el cobertor de la cama para ocultar hasta el ligero peso de la que había partido. Y, abriendo los brazos con ademán de loca, extendidas las manos, Elena se precipitó hasta la escalera. Quería bajar. M. Rambaud la retenía, en tanto que madame Deberle le explicaba que aquello no solía hacerse. Pero Elena juraba que sería razonable, que no seguiría el entierro. Bien podían permitirle que viera; estaría muy quieta en el pabellón. Los dos lloraban al escucharla. Fué preciso vestirla. Julieta la ocultó la bata con un chal negro. Sólo que no encontraba sombrero. Por fin descubrió uno, al que arrancó un ramo de verbenas rojas. M. Rambaud, que

debía presidir el duelo, cogió á Elena del brazo. Cuando estuvieron en el jardín:

—No la abandone usted,—murmuró madame Deberle.—Yo tengo infinidad de cosas que...

Y se escapó. Elena andaba penosamente, buscando con la mirada delante de sí. Al salir al pleno día, había exhalado un gran suspiro. ¡Dios santo, qué mañana tan hermosa! Pero sus ojos se habían dirigido derechamente á la verja, y acababa de ver el pequeño ataúd bajo las blancas colgaduras. M. Rambaud no la dejó acercarse más que dos ó tres pasos.

—Vamos, tenga usted valor,—le decía, temblando él mismo de pies á cabeza.

Ambos se miraron. El estrecho féretro se bañaba en un rayo de sol. Sobre un almohadón de encaje, á los pies, habían depositado un crucifijo de plata. A la izquierda, había un hisopo en un acetre de agua bendita. Los grandes cirios ardían sin resplandor, manchando tan sólo el sol con pequeñas almas danzantes que huían al vuelo. Bajo las colgaduras, ramas de árboles formaban una cuna, con sus brotes violáceos. Era un rincón de primavera, sobre el cual caía, en un lugar en que estaban separadas las colgaduras, el polvo de oro que abría las cortadas flores de que estaba cubierto el ataúd. Había allí una verdadera profusión de flores, manojos en montón de rosas blancas, camelias blancas, lilas blancas, claveles blancos, toda una nieve

amontonada de pétalos blancos; el cadáver desaparecía; blancos racimos colgaban del paño; al suelo pervincas blancas, jacintos blancos habían caído y se deshojaban. Los escasos transeuntes de la calle Vineuse se detenían, con emocionada sonrisa, ante aquel asoleado jardín en que dormía aquella muertecita bajo las flores. Toda aquella blancura cantaba, y una pureza esplendente llameaba bajo la luz; el sol caldeaba las colgaduras, los ramos y las coronas con un estremecimiento de vida. Por cima de las rosas zumbaba una abeja.

—Las flores... las flores...—murmuró Elena, que no podía hallar otras palabras.

Apoyábase el pañuelo en los labios, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Le parecía que Juana debía de tener calor, y esta idea le desgarraba el alma mucho más, con un enternecimiento en que había agradecimiento hacia los que acababan de cubrir á la niña con todas aquellas flores. Quiso adelantarse, y M. Rambaud no pensó ya en retenerla. ¡Qué bien se estaba bajo las colgaduras! Subía un perfume, y el aire tibio no lanzaba el menor soplo. Entonces, Elena se bajó y no cogió más que una rosa. Era una rosa lo que iba á buscar, para metérsela en el pecho. Pero la asaltó un temblor, y M. Rambaud tuvo miedo.

—No se quede usted aquí,—dijo arrastrándola.—Me ha prometido usted no ponerse enferma.

Trataba de conducirla al pabellón, cuando la puer-

ta de la sala se abrió de par en par. Paulina fué la primera en presentarse. Se había encargado de organizar el cortejo. Una por una, bajaron al jardín todas las niñas. Parecía ser aquello una floración temprana, ojicantos milagrosamente floridos. Los trajes blancos se hinchaban bajo el sol, jaspándose de transparencias, por las que pasaban todos los delicados matices del blanco como sobre alas de cisne. Un manzano dejaba caer sus pétalos, y los trajes parecían el candor mismo de la primavera. No cesaban de moverse; ya rodeaban el arriate de césped, y seguían bajando por la escalinata, ligeros, como si volasen, floridos de pronto al aire libre.

Después, cuando el jardín estuvo blanco por completo, frente á aquella suelta bandada de niñas, Elena tuvo un recuerdo. Se acordó del baile de la primavera anterior, con la alegría danzarina de aquellos piececitos. Y veía de nuevo á Margarita de lechera, con el tarro de leche colgado á la cintura, A Sofía de *soubrette*, dando vueltas del brazo de su hermana Blanca, cuyo traje de Locura cascabeleaba. Después, eran las cinco señoritas de Levasseur, Capercitas Rojas que multiplicaban los trajes de raso amapola con franjas de terciopelo negro; en tanto que la pequeña Guiraud, con su mariposa de Alsaciana en el cabello, saltaba como una loca frente á un Arlequín dos veces más alto que ella. Hoy todas estaban de blanco. Juana también estaba blanca, sobre la almohada de raso blanco, entre las flores,

La delicada Japonesa, con el moño atravesado por largos alfileres, con túnica de púrpura bordada de pájaros, se iba con traje blanco.

—¡Cómo han crecido!—murmuró Elena prorrumpiendo en llanto.

Todas estaban allí, y sólo su hija faltaba. Monsieur Rambaud la hizo entrar en el pabellón, pero la joven se quedó en la puerta, porque quería ver al cortejo ponerse en movimiento. Algunas señoras fueron á saludarla discretamente. Los niños la miraban con los azules ojos asombrados.

Entre tanto, Paulina circulaba, daba órdenes. Apagaba la voz en atención á las circunstancias, pero á veces se distraía.

—Vamos, sed buenos... Mira, tontita; ya estás sucia... Ya vendré yo por vosotras; no os mováis.

Llegaba el coche fúnebre; ya podían partir. Apareció madame Deberle y exclamó:

—¡Habéis olvidado los ramos!... Paulina, pronto los ramos.

Entonces, hubo un poco de confusión. Habían preparado un ramito de rosas blancas para cada niña. Fué preciso distribuir aquellas rosas; las niñas, entusiasmadas, tenían en la mano los gruesos manojos, como si fueran cirios. Luciano, que no se separaba ya de Margarita, respiraba con delicia cuando ella le acercaba sus flores al rostro. Todas aquellas mocosas, con las manos llenas de flores, se reían bajo el sol, y después se ponían de repente

serias, siguiendo con la vista el ataúd que los hombres transportaban al coche fúnebre.

—¿Está ahí dentro?—preguntó en voz muy baja Sofía.

Su hermana Blanca le dijo que sí con la cabeza. Después, dijo á su vez:

—Para los hombres es así de grande.

Hablaba del féretro, y extendía los bracitos cuanto podía. Pero la pequeña Margarita lanzó una carcajada, con la nariz entre las rosas, diciendo que aquéllo le hacía cosquillas. Entonces las otras hundieron también las narices en los ramos para probarlo. Las llamaron y se volvieron á poner serias.

Ya fuera, el cortejo desfiló. En la esquina de la calle Vineuse, una mujer sin sombrero, en chancletas, lloraba y se enjugaba los ojos con la punta del delantal. Algunas personas habían salido á las ventanas, y exclamaciones compasivas se oyeron en el silencio de la calle. El coche rodaba sin ruido, tapizado de paños blancos con franjas de plata; sólo se oían los pasos cadenciosos de los dos caballos blancos, amortiguados por la apisonada tierra de la calzada. Era como una cosecha de flores, de ramos y de coronas, lo que se llevaba aquel coche fúnebre. No se veía el ataúd; ligeros baches sacudían los amontonados manojos, y el coche iba sembrando tras sí ramas de lilas. En las cuatro esquinas volaban largos lazos de *moiré* blanco, sostenidos

por cuatro niñas, Sofía y Margarita, una de las señoritas de Levasseur y la pequeña Guiraud, ésta muy mona, y tropezando tanto, que su madre la acompañaba. Las otras, en apretado tropel, rodeaban el coche, con los manojos de rosas en la mano. Andaban despacito; los velos se levantaban; las ruedas giraban en medio de aquella muselina como llevadas por una nube en la que sonreían delicadas cabezas de querubines. Después, detrás de ellos, en pos de M. Rambaud, con el rostro pálido y mirando al suelo, iban las señoras, algunos muchachos, Rosalía, Ceferino, los criados de los Deberle. Cinco coches de luto, vacíos, seguían al cortejo. En la calle llena de sol, algunos blancos palomos alzaron el vuelo al paso de aquel coche de primavera.

—¡Dios mío! ¡qué fastidio!—repetía madame Deberle al ver que el cortejo se descomponía. Si Enrique hubiera retrasado la consulta... Bien se lo decía yo.

No sabía qué hacer con Elena, que había caído sobre una silla del pabellón. Enrique se hubiera quedado con ella. La hubiera consolado un poco. Era muy desagradable que no estuviera allí. Felizmente, la señorita Aurelia se ofreció á quedarse; no le gustaban las cosas tristes, y al propio tiempo dispondría la colación que los niños debían tomar al volver. Madame Deberle se apresuró á unirse al desfile que se dirigía hacia la iglesia, por la calle de Passy.

El jardín estaba ya vacío, y los obreros doblaban las colgaduras. Sobre la arena, en el sitio por donde Juana había pasado, no quedaban más que los deshojados pétalos de una camelia. Y Elena, caída de repente en aquella soledad y en aquel gran silencio, experimentaba de nuevo la angustia, el desgarramiento de la eterna separación. Una vez más, estar junto á ella una vez más. La idea fija de que Juana se iba enfadada, con el rostro mudo y negro de rencor, la atravesaba con la viva quemadura de un hierro candente. Entonces, comprendiendo muy bien que la señorita Aurelia la guardaba, se sintió llena de asfúcia para librarse de ella y correr al cementerio.

—Sí, es una gran pérdida,—repetía la solterona instalada cómodamente en un sillón.—Yo hubiera adorado á los niños, y á las niñas sobre todo. Pues bueno, cuando pienso en estas cosas, estoy contentísima por no haberme casado. Se evitan penas...

Creía distraerla. Habló de una de sus amigas que había tenido seis hijos; todos habían muerto. Otra señora se había quedado sola con un hijo que le pegaba; éste hubiera debido morir, y su madre se hubiera consolado con poco trabajo. Elena parecía escucharla. No se movía ya, agitada tan sólo por cierto temblor de impaciencia.

—Ya está usted más calmada,—dijo por fin la señorita Aurelia.—¡Dios mío! Es preciso acabar por ponerse en razón.

La puerta del comedor se abría al pabellón japonés. La solterona se había levantado; empujó aquella puerta y alargó el cuello. Fuentes de pasteles cubrían la mesa. Elena, vivamente, huyó por el jardín. La verja estaba abierta, y los empleados de las Pompas fúnebres se llevaban su escalera.

A la izquierda la calle Vineuse da la vuelta á la calle de los Depósitos. En ésta se encuentra el cementerio de Passy. Un colosal muro de contención se eleva desde el boulevard de la Muette, y el cementerio es como una terraza inmensa que domina la altura del Trocadero, las avenidas, todo París. En veinte pasos, se halló Elena delante del abierto portalón, que dejaba ver el desierto campo de tumbas blancas y de cruces negras. Entró. Dos grandes arbustos de lilas brotaban en los ángulos de la primera avenida. Eran allí muy raros los enterreros; la cizaña crecía, y algunos cipreses cortaban la verdura con sus sombrías líneas. Elena penetró en derechura hacia adelante, una bandada de gorriones salió asustada al vuelo, y un enterrador levantó la cabeza, después de haber despedido lejos de sí la paletada de tierra. Sin duda no había llegado aún el cortejo, y el cementerio parecía vacío. Elena se dirigió hacia la derecha, y llegó hasta el parapeto de la terraza; y al dar la vuelta, divisó detrás de un grupo de acacias á las niñas vestidas de blanco, arrodilladas delante de la tumba provisional á la que acababan de bajar el cadáver de Juana.

na. El padre Jouve, con la mano extendida, echaba la última bendición. Elena no oyó más que el ruido sordo de la losa de la tumba que volvía á caer. Había concluído.

Entre tanto, Paulina la había visto y se la enseñaba á madame Deberle. Esta casi se enfadó, murmurando:

—¡Cómo! ¿Ha venido? Eso no se hace; es de muy mal gusto.

Se adelantó hacia ella, y le demostró por el aspecto de su rostro que la desaprobaba. Otras señoras se acercaron á su vez con curiosidad. Monsieur Rambaud se había unido á ellas y permanecía á su lado, en pie y silencioso. Elena se había apoyado en una de las acacias, sintiéndose desfallecer, fatigada de ver á toda aquella gente. En tanto que respondía á los pésames con movimientos de cabeza, un solo pensamiento la ahogaba, había llegado demasiado tarde; sólo había oído el ruido de la losa al caer de nuevo. Y sus ojos se volvían á dirigir á la tumba, cuyos bordes barría un guardián del cementerio.

—Paulina, vigila á los niños,—repetía madame Deberle.

Las niñas, arrodilladas se levantaban como un vuelo de gorriones blancos. Algunas, demasiado pequeñas, con las rodillas perdidas entre las faldas, se habían sentado en el suelo. Fué preciso levantarlas. Mientras que bajaban á Juana, las mayores

habían alargado la cabeza para ver en el fondo del agujero. Era demasiado negro, y un escalofrío las hacía palidecer. Sofía aseguraba muy bajo que allí dentro se quedaba una años y años. ¿De noche también?—preguntaba una de las señoritas de Levasseur. Ciertamente, de noche también, siempre. ¡Oh! De noche Blanca se moriría. Todas se miraban, con los ojos muy abiertos, como si acabaran de oír un cuento de ladrones. Pero cuando estuvieron ya en pie, al borde de la tumba, volvieron á ponerse rosadas; no era verdad, decían aquellas cosas en broma. Hacía demasiado buen tiempo, y aquel jardín era demasiado bonito, con sus grandes hierbas. ¡Qué hermosas partidas de escondite hubieran jugado allí, detrás de aquellas piedras! Los piecitos bailaban ya, y los trajes blancos se movían como si fueran alas. En el silencio de las tumbas, la lluvia tibia y lenta del sol florecía á toda aquella infancia. Luciano había acabado por meter la mano bajo el velo de Margarita; tocábale los cabellos, y quería saber si se ponía algo encima que los pusiese tan amarillos. La niña se ponía hueca. Después, Luciano le dijo que se casarían. Margarita consentía en ello, pero tenía miedo de que él le tirara de los pelos. Luciano seguía tocándolos, y los encontraba suaves como papel de seda.

—No vayáis tan lejos,—gritó Paulina.

—Pues bien, vámonos,—dijo madame Deberle.—

Nada hacemos ya aquí, y los niños deben de tener hambre...

Fué preciso reunir á las niñas que se habían desbandado como un internado á las horas de recreo. Contáronlas, y vieron que faltaba la pequeña Guiraud; por fin la vieron muy lejos, en una avenida, paseándose gravemente con la sombrilla de su madre. Después las damas se dirigieron hacia la puerta, haciendo echar delante de ellas la ola de trajes blancos. Madame Berthier felicitaba á Paulina por su matrimonio, que debía celebrarse el mes siguiente. Madame Deberle decía que partía dentro de tres días para Nápoles, con su marido y Luciano. Toda la gente se iba, y Rosalía y Ceferino se quedaban los últimos. A su vez se alejaron también ellos. Se cogieron del brazo, encantados con aquel paseo, á pesar de la gran pena que sentían; acortaban el paso, y sus espaldas de enamorados, por un momento aún, danzaron en la luz, al final de una de las avenidas.

—Venga usted,—murmuró M. Rambaud.

Pero Elena, con un ademán, le rogó que esperase. Se quedaba sola, y le parecía que una página de su vida había sido arrancada. Cuando hubo visto desaparecer á las últimas personas, se arrodilló penosamente delante de la tumba. El padre Jouve, de sobrepelliz, no se había levantado aún. Los dos oraron largo rato. Después, sin hablar, con su her-

mosa mirada de caridad y de perdón, el cura la ayudó á levantarse.

—Dale el brazo,—dijo sencillamente á M. Rambaud.

En el horizonte, París se doraba bajo la radiante mañana de primavera. En el cementerio, un pinzón cantaba.